

Juan Marín.

## MORFINA

**F**UE en un pequeño puerto del sur donde nació aquel amor lleno de un romanticismo exaltado y extemporáneo.

El era un pintor de rubia y rizada melena y apostura «murgeriana» llegado al pueblo en busca de luz y color para su paleta ensombrecida por los vicios de un cuerpo gastado y por el turbio resplandor de una conciencia prematuramente depravada.

Ella, tenía 17 años y era la hija de un oscuro Capitán de una goleta pesquera que ya no navegaba. Los años habían precipitado el reuma sobre las articulaciones del Capitán Kelly y habían roto mástiles y velámenes de la «Old Sweet Heart» que otrora fuera reina de los mares.

Cuando llegó la Primavera y los huertos de la villa se cubrieron de polícromas pinceladas y por las faldas de los cerros descendían hasta el río tupidas y fragantes alfombras verdes, apareció un día por las calles del pueblo, con su corbata flotante y su chambergo y su pantalón a cuadros, el pintor Andrés Morgan, venido desde la capital.

Por el camino de «La Poza», allá cerca de donde el río ancho y azul corre a vaciarse en el mar, allegada al pie de un cerro y toda vestida de enredaderas rojas y de azules glicinas, se escondía la casita del Capitán Kelly. Naranjos estrellados de oro llenaban el patio

abierto de la vieja casona y una fuente muda y oxidada solía engañar a las mulas de carga que se acercaban a beber. En torno de ella uno que otro pescador silencioso remendaba sus redes y bullangueras gaviotas pasaban a escasa altura hacia el mar.

Impresionó aquel rincón la pupila ávida de luces violentas del artista y allí dió comienzo a su primer cuadro.

Mary Kelly salía todas las mañanas de su casa, rumbo hacia el centro de la población, decorando el camino con su gracia de mejillas rosadas y sus largas trenzas caoba cayéndole sobre los hombros.

A los pocos días de encontrarse en el mismo sitio, se conocieron, conversaron largamente, luego se enamoraron sin que ellos mismos se dieran cuenta de cómo ni cuándo.

Para ella fué un suceso que su subconciencia esperaba. Andrés Morgan vino a ser el príncipe azul de sus sueños de muchacha provinciana.

Hija única de aquel pobre gringo viudo que mataba el tedio de sus horas muertas en todos los bares del pueblo, relatando siempre las mismas historias de cuando era Capitán de paquebots en la línea Auckland-Liverpool, consagró Mary todas sus horas y todas las ansias de su alma a aquel primer amor que despertaba su feminidad.

Anduvieron juntos mañana y tarde por el pueblo y los alrededores. La caja de pinturas y el trípode quedaron muchas veces abandonados.... Los caminos y sus más ocultos rincones no tuvieron secretos para ellos. Una ferviente admiración hacía a ella adorarlo como a un Dios. El sabía decir versos sentimentales, representarle a maravilla el papel apasionado que ella anhelaba y ocultarle sabiamente todas las zonas oscuras de su alma. Así ignoró ella siempre que en las noches luego de separarse de ella solía embriagarse en los lupanares del pueblo. Nunca supo tampoco que

una extraña relación unía a su amante con el boticario del pueblo en cuya bodega comenzó a agotarse rápidamente un viejo «stock» de morfina y de coca que hacía muchos años a que nadie le compraba.

Cinco meses duró aquel idilio que dió tanto que hablar a las comadres del villorrio que hasta motivó una



prédica del párroco acerca de las costumbres licenciosas de la época y del veneno corruptor que llevan con ellos los «bohemos» y los artistas «decadentes», como decía el señor cura...

Bruscamente sin anunciarlo a nadie, tal como había llegado, desapareció del pueblo el pintor Andrés Morgan.

En vano Mary corrió de la pensión a la playa, del muelle al mercado popular.

Pero un empleado de la Estación «creyó de su deber advertirle» ahuecando mucho la voz y con grandes aspavientos de misterio, que esa mañana Andrés había tomado un boleto a la capital.

Su primer impulso fué seguirlo, embarcarse al siguiente día en el primer tren y buscarlo loca, desesperadamente, para echarse a sus pies humillada y vencida.

Pero, esa noche, en su casa, mientras grandes sollozos la convulsionaban, los pasos pesados del Capitán Kelly se acercaron a su pieza. Una dosis de coñac un poco más alta que la habitual le daba una leve oscilación a su andar y hacía un poco más ronca y temblorosa su voz...

—¿Por qué tanto desesperarse...?

—Padre... ¿que sabes tú?

—All right... Has lo que tú quieras... Pero tu padre que conoce mucho mundo y muchos hombres y muchas mujeres, te aconseja que te quedes... Olvida... Olvida pronto... Cuánto más luego mejor...

—Padre... Es que tú no sabes... Yo he sido suya... Yo estoy ya deshonrada ante la gente...

—Oh...! Don't be silly... Tu padre sabe todo... Todo! Olvida! Quédate aquí junto al viejo...

Una lágrima asomó en los párpados rojizos del inglés...

—Tu padre te necesita... mucho... ¿oyes?... mucho...

No habló más. Apagó la luz de la estancia y se alejó tropezando con las sillas hasta la suya.

Así cambiaron los planes de Mary Kelly y los días volvieron a pasar sobre su vida como las cuentas de un rosario roto y que manos desconocidas hubieran soldado.

Aquel invierno la antigua cirrosis y una neumonía ocasional se llevaron para siempre al Capitán Kelly.

Lo enterraron en el pequeño cementerio municipal que queda junto a la playa y allí las olas continuaron arrullando día y noche sus sueños y sus huesos por toda la eternidad.

Con los ahorros que el viejo le dejara y con lo que le dieran por la casita y por la goleta, Mary decidió abandonar el puerto y venirse a la gran ciudad, donde nadie le conociera para iniciar una nueva vida.

Como había cursado humanidades en el Liceo, ingresó en Santiago en una escuela de Enfermeras, del Estado y tres años después disfrutaba de un sueldo y de un cargo que le permitían vivir confiada en la bondad de su destino.

Fué aquí donde conoció al Dr. Aldana.

Cuando él la vió por primera vez creyó poder leer el misterio de su vida toda en el límpido cristal de sus ojos.

De sus labios después oyó tantas veces la historia de sus días... Primero su infancia ingenua, sencilla y casi rústica en el pueblecito todo dorado de sol y todo azul de mar. Los recuerdos de esa época se abrían como frutas frescas en la boca de ella... Locas correrías con los pies desnudos sobre la playa amplia y musical, bordeada de encajes de espuma y plantas marinas... Audaces excursiones en lanchas por el río, bogando ella sola, con los cabellos sueltos y el pecho abierto, a las caricias del viento...

Luego, aquel suceso... lo de Andrés Morgan...

Todo le contó a él, con la mejilla en la mejilla en aquellas tardes en que salían juntos en su auto por los caminos del lado de la cordillera que a esa hora se bañaban en la suave luz violeta del crepúsculo.

---



Venían aquella noche caminando por la torcida callejuela de regreso de un teatro de barrio. Hacía poco a que se habían casado y Aldana se esforzaba por iniciar el alma de la muchacha en todos los divinos ejercicios del espíritu. Así agradábale en largas caminatas hablarle de sus lecturas de las grandes obras de arte, de los problemas de sociología que agitaban a la humanidad...

Era noche de verano; la fragancia de las acacias del parque de una casa vecina caía como dulce caricia en los sentidos y la luna llena, blanca e inmensa, volcaba cascadas de luz en el aire y ponía intensos claroscuros en las murallas de las casas.

Iban por la acera que quedaba en sombra. De pronto sintieron la proximidad de alguien que acechaba en la penumbra. Ambos presintieron sin ver todavía la mirada trágica y penetrante de dos ojos que venían hacia ellos. Apuraron el paso y, nerviosa ella se ciño al cuerpo de él.

—Mira, alguien nos sigue...

—Bah... No es nada, dijo él para tranquilizarla... Idea tuya, de tus nervios... Y alzando ágil el bastón lo esgrimió en el aire trazando impecables volteretas.

No habían andado veinte pasos cuando una figura curvada y andrajosa surgió al lado de ellos.

—Mary...!! Mary...!! eres tú, dijo la voz que sonaba extrañamente fría y descolorida.

Ella miraba sin comprender aún y temblorosa balbuceó...

—¿Quién es usted?

—¿Qué quien soy?... No importa... Ya lo sabrás después... lo que quiero ahora es plata... necesito dinero... ahora... ahora mismo!...

Habló entonces Aldana, que hasta ese momento sorprendido se limitaba a examinar al extraño sujeto.

—¿Quién eres hombre? ¿Donde has conocido a esta señora?

Una risa helada le respondió. Alzó el desconocido la cabeza y descendiendo a la calzada, luminosa de luna levantó hacia ellos sus ojos desorbitados, dos ojos enormes de manicomio.

—¿Quién soy...? Já já! pregúnteselo a ésa... ella me conoce bien... já já...si no me dan dinero los mataré... los mataré... los estrangularé como a dos perros...!

—Andrés... Tú...? exclamó Mary sin poder reprimirse.

Oyendo este nombre Aldana comprendió; recordó al bohemio desaparecido en los más hondos vórtices del vicio y que meses atrás se había fugado de la Casa de Orates.

—Déjenos en paz hombre, dijo dominándose, e hizo ademán de seguir la marcha.

—Alto! grito el misterioso sujetando a Mary por un brazo, habló suplicante:

—Dinero, Mary... Dame dinero!... Hace dos días a que no tengo morfina...dos días... por favor...!

La voz se hacía difícil al pasar por su garganta seca y áspera.

—Morfina... por piedad... se los ruego... En ninguna Botica me venden ya y ese chino miserable de la calle San Pablo que siempre me fiaba me pide ahora cincuenta pesos por el tubo... y al contado!

Comprendió el Dr. Aldana que estaba frente a un caso patológico y peligroso; la sobreexcitación del morfinómano privado de su droga convertía a aquel hombre en un monstruo...

—Amigo, le dijo, si se trata de eso, yo le daré lo que pide... venga con nosotros... yo le daré morfina...

Al oír esto se echó el bohemio llorando a sus pies, y le besó, repugnante, en las rodillas y en las manos.

—Sí... sí... vamos.

—Vamos.

Y emprendieron el camino.—Bajo el plenilunio las tres figuras recortaban su sombra como los héroes de un cuento de Poe, ilustrado por Martin. Ninguno hablaba y llevaban las cabezas inclinadas como si un gran peso hubiera caído de repente sobre ellos.

Llegados que fueron a casa, el médico preparó rápidamente una jeringa e inyectó al bohemio cuatro ampollitas de una vez.

Aquella faz crispada de angustia y amenazante, fué tornándose dulce y una felicidad sobrehumana pareció inundar todo su ser, hasta que se durmió.

—Ahora ¿qué, vamos a hacer con él?

—No podemos botarlo a la calle, dijo Aldana. Dormirá aquí, sobre este diván...

Estaban en el gabinete de consultas del médico, separado de su dormitorio solo por una antesala.

—La una... agregó mirando su reloj. Vámonos a dormir... y mañana veremos lo que se hace con este infeliz.

Comenzaba apenas a amanecer cuando el loco despertó presa de una gran agitación. Para él, acostumbrado a inyectarse dosis enormes de morfina, aquella no había sido sino un débil lenitivo que lo devolvía ahora a la realidad crispado de angustia y más sobreexcitado que antes. Un intenso temblor sacudía su cuerpo, las sienes le ardían como brasas y en la boca amarga la lengua se le aglutinaba, viscosa. Se incorporó y luego fué avanzando algunos pasos en la penumbra matinal. La noción del sitio en que se hallaba, vaga en un principio, fué precisándose... En el silencio percibió la respiración de alguien que dormía...

Recordó entonces su encuentro nocturno... Mary...! Mary...! Aquella idea se clavó como una espina en su cerebro. Mary... La muchacha que en un tiempo fué suya, aquel cuerpo tibio y fragante que tantas veces abrazara, estaba allí tan cerca, tan cerca que bastaban unos cuantos pasos para alcanzarla.



Una niebla roja y alucinante envolvía sus pensamientos... La droga y la mujer se fundían en una sola llama, en una sola obsesión...

No sabía a punto fijo qué hacer, pero instintivamente, buscó algo... y lo encontró: de una mesilla con cubierta de cristal tomó un diminuto bisturí de acero.

Guiándose por el ruido de la tranquila respiración del médico, avanzó... cruzó la antesala, y se detuvo junto al dormitorio; sólo una puerta lo separaba del abismo y perdida toda noción, se arrojó en él. Rápido abrió la puerta y entró.

Mary que velaba atormentada de presentimientos extraños, al ver aquella silueta horriblemente trágica que en la semiclaridad avanzaba, dió un grito estrangulado:

—Soco... rro...! Soco... rro...!

El monstruo no le dejó tiempo para más. Agil como un felino saltó sobre ella y unas manos temblorosas se clavaron como garras en sus brazos y una boca ávida y repugnante la mordió en los labios, en los ojos...

Aldana no tuvo tiempo para incorporarse. El salvaje cayó sobre su pecho y le hundió en la garganta el escalpelo. Un chorro de sangre caliente baño el rostro del desequilibrado, enardeciéndolo más. Entre tanto, Mary yacía inmovilizada por el espanto, incapaz de pronunciar una sílaba, ocultando su pecho con los brazos cruzados.

—Mary...! Eres mía otra vez, silbó el asesino, apretándola convulsivamente, y ensangrentándole el rostro y el hombro desnudo.

—No, déjame...!

—Mía...!

Rodaron sobre el lecho, y las manos del monstruo se incrustaron en la garganta de la muchacha, que débilmente decía:

—Jamás...! Jamás... A...se...si...

Hasta que no pudo decir más. En su rostro amora-

tado los ojos quedaron inmóviles, desorbitados como en un esfuerzo desesperado por huir. . . Soltó el bohemio las tenazas de sus dedos y el cadáver de ella quedó rígido junto al de su compañero.

---

La luz del alba ponía una lívida claridad de acuario sobre aquel cuadro de pesadilla. El trágico personaje, murmurando guturales sonidos inconexos y gesticulando absurdamente como un polichinela recorría la pieza.

De pronto se detuvo como si se hubiera hecho la luz en su mente; de dos pasos cruzó la sala y llegó al gabinete. Allí buscó con ansias infinitas en vitrinas y estantes, revolviéndolo todo hasta que encontró lo que deseaba. Frente a él estaba la pequeña jeringa y una gran caja llena de ampolletas. Se clavó una luego otra y otra, vertiginosamente, hasta que no quedó una sola.

Un dulce bienestar lo invadió; sintió que su corazón ingrávido volaba por cielos de cristal; el mundo y la realidad quedaban atrás, lejos, muy lejos, como esas cosas pequeñas, insignificantes que se ven desde lo alto de un avión. . . Se durmió, en el sueño, soñando que era un ángel, mientras un rayo de sol saltó el aro traslúcido de la ventana y vino a posarse sobre sus sienas. . .